

# **La violencia de América Latina y sus consecuencias para la salud pública**

Violencia Urbana en América Latina. Un modelo sociológico de explicación

Por Roberto Briceño-León

Las ciudades de América Latina se han convertido en el escenario de una guerra silenciosa y no declarada. La Organización Mundial de la Salud calcula que en América Latina la tasa de homicidios, la más alta del mundo, alcanza a 18,6 víctimas por cada 100.000 habitantes (WHO, año 2017). La mayoría de estas muertes ocurren en las ciudades y son producto de la violencia interpersonal, no de guerras ni de conflictos armados, son violencia cotidiana, es encontrarse con la muerte en la esquina de la casa.

Durante varias décadas las familias, las instituciones y los gobiernos de América Latina han hecho un inmenso esfuerzo por mejorar las condiciones de salud de la población: desde la atención prenatal y las vacunaciones hasta los hospitales. Ese esfuerzo de varias décadas dio sus frutos y después de la mitad de siglo XX, la esperanza de vida aumentó en el conjunto de países y saltó desde alrededor de los 50 años hasta los 70 años de vida. En ese proceso, una generación de padres se mudó a las ciudades buscando un futuro mejor, buscaban en la ciudad mayores posibilidades de ciudadanía, es decir mejor calidad de vida y una vida construida con derechos. Esos padres tuvieron a sus hijos en la ciudad y les ofrecieron cuidado y educación. Así los vieron crecer: sanos, robustos, más altos, con más años de estudio que sus progenitores y llenos de ilusiones, pero un día mueren asesinados...

¿Qué ha pasado para que la ciudad de América Latina, el lugar de los sueños y las esperanzas, se convirtiera en una amenaza para la mayoría de sus habitantes?

## **La acelerada urbanización**

América Latina ha vivido un notable proceso de urbanización, las personas viven en ciudades y en ciudades cada vez más grandes y esto ha significado un cambio importante en la cotidianidad de las personas y en las condiciones de salud pública. Para 1950 la población urbana menos de la mitad habitaba en ciudades (41%), para el año 2000 había aumentado las tres cuartas partes de la población total. Pero las cifras absolutas son mucho más sorprendentes: en 1950 la población urbana de América Latina y el Caribe eran 69 millones de personas, para el año 2000 había crecido a 391 millones, es decir 332 millones de personas más en las ciudades. En 1950 en Sur América moraban 48 millones de personas en las ciudades, 15 millones en América Central y 6 millones en el Caribe. Cincuenta años después había 228 millones más en Sur América, 76 millones más en América Central y 18 millones más en el Caribe (Population Reference Bureau, 2004). Las cifras son excepcionales y abrumadoras.

En 1950 Buenos Aires tenía poco más de 5 millones de habitantes y el resto de ciudades grandes no superaba los 3 millones de habitantes: Sao Paulo tenía 2,4 millones, Río de Janeiro 2,8 millones y Ciudad de México 2,8 millones. Para 2016, la población se había multiplicado en forma alarmante: Buenos Aires tenía 16,2 millones; Río de Janeiro, 13,4 millones; Ciudad de México, 22,3 millones; Sao Paulo, 21,9 millones. En 1950 había una sola ciudad con más de 5 millones de habitantes, en el año 2016 ya había 8 ciudades pues, además de las anteriores (Buenos Aires, Río de Janeiro, Ciudad de México y Sao Paulo) están Caracas (10,6 m), Lima (10,5 m), Bogotá (10,1 m) y Santiago de Chile (6,8 m).

Para comienzos del Siglo XXI el 60% de la población habitaba en ciudades de más de veinte mil habitantes (Rodríguez, 2002) y la mitad de ellos, es decir, uno de cada tres latinoamericanos, vivían en alguna de las cincuenta ciudades que albergan un millón o más habitantes (United Nations, 2002). En esas cincuenta ciudades se encuentra el problema central de la violencia de América Latina.

## **La violencia creciente**

La alta violencia se hace notar en países con unos conflictos sociales y políticos muy intensos y que han padecido una guerra, como fue El Salvador desde 1979 hasta la firma de los acuerdos de

Chapultepec en 1992; o que todavía la viven, como Colombia, donde se ha mantenido un conflicto armado entre cuatro ejércitos que se disputan el control del territorio: dos de guerrillas, uno paramilitar y el ejército oficial del país. Sus tasas de homicidios pueden superar las 60 ó 100 víctimas por cada 100 mil/h.. Pero hay que destacar la mayoría de los homicidios en Colombia no son consecuencia directa de los enfrentamientos bélicos, sino de la violencia cotidiana. Sin embargo, no es posible saber cuántas de esas víctimas en El Salvador son efectos secundarios de la situación de guerra (Cruz, 2000) o de una acción militar encubierta o de bajo perfil en Colombia. Colombia tiene, además, el número más alto de secuestros en el mundo, se estimaba que en el año 2004 había más de 3 mil personas en cautiverio. Muchos secuestros culminan con la muerte de la víctima, y esas acciones son una combinación de guerrilla y delincuencia común, muy difícil de diferenciar.

En el medio de esos extremos se encuentran el resto de los países. El grupo constituido por Brasil, México y Venezuela ha tenido una creciente ola de violencia y homicidios. En estos países no hay conflictos políticos armados, así que la violencia es plenamente cotidiana, y está asociada con el delito común y el tráfico de drogas, o con los conflictos emocionales que expresan sus odios y dolores con disparos.

Esta violencia es propiamente urbana. Ciertamente hay algunos reductos de violencia rural, pero son pocos. La población rural latinoamericana se ha estancado, en términos absolutos ni aumenta ni disminuye, y está en alrededor de 128 millones de habitantes y la pobreza rural, si bien es más dramática, no ha crecido tanto como la urbana. Existe la violencia rural tradicional y algunos conflictos políticos en las zonas campesinas, inclusive la guerrilla en Colombia o en México, pero la magnitud de homicidios que producen es insignificante en relación a las muertes que ocurren en centros urbanos.

### **Ciudades del derecho, ciudades del miedo**

Las ciudades deben ser el lugar de los derechos y la seguridad. No deberían constituir el lugar de la muerte sino de la vida. La construcción del ser con derechos tuvo su origen en la ciudad. Durante siglos las personas vieron la ciudad como el lugar donde encontrar un refugio ante la inseguridad de las zonas rurales y donde era posible conseguir derechos. La tradición griega hacía un sinónimo del ciudadano, como aquel que tenía derecho a vivir en la ciudad y tenía derechos para decidir acerca del futuro político. Es decir, para ser ciudadano no solamente se requiere vivir en la ciudad, sino tener derechos para participar en la vida política

La ciudad es el lugar del intercambio, del mercado, pero también del orden y la norma. En las ciudades se estableció el control de los pesos y las medidas que regulaban las relaciones entre compradores y vendedores. Pero también es el lugar de la dominación, pues buena parte de ese orden debía imponerse y esto implicaba forzar al sometimiento

La ciudad es el lugar de la seguridad: hay un control de las personas, hay iluminación de los espacios, hay policía que resguarda las personas. La ciudad es el lugar de donde surge la ciudadanía: el vínculo entre iguales, sometidos a la ley, no a personas.

La ciudad es igualmente el lugar de la civilidad: de las buenas maneras, de la cortesía y la hipocresía, de todo aquello que por eso se llamó urbanidad.

En América Latina, las ciudades representaron el refugio de una elite que tenía y ejercía los derechos, pero de los cuales quedaba excluida la inmensa mayoría de la población que habitaba en las zonas rurales, sometidas a condiciones semif feudales de producción y a un poder político y social de carácter personal, controlado muchas veces por ejércitos privados que ejercían la voluntad de sus señores de un modo autoritario y personalista. Es la historia de los “caporales” o los “coroneles” de las zonas rurales donde muy poco se ejercía la ley de manera independiente. La migración a la ciudad representaba no solamente el sueño de una mejor vida material, sino también el de una vida con derechos, donde pudiera vivir bajo el sometimiento a la ley y no a las personas.

Y a pesar de sus múltiples problemas, aún lo es en países como Colombia, donde de miles de personas se han movilizado desde las zonas rurales hacia las ciudades huyendo de las arbitrariedades y horrores de la guerrilla y los paramilitares. Estos “desplazados”, como los llaman en Colombia, suman ya

cerca de tres millones de personas que han abandonando sus casas y pertenencias para ir a buscar refugio a las grandes ciudades: paz, seguridad, estado de derecho.

Las ciudades de América Latina fueron un lugar de esperanza para la seguridad y el derecho, y por eso entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX se produjo esa gran movilización de personas hacia las zonas urbanas.

Pero a partir de los años ochenta del siglo XX, la situación de violencia cambió de una manera importante en el mundo y las tasas de homicidios se duplicaron en la mayoría de los países. Hubo un incremento en todos los países, con independencia de si previamente eran pocos o muy violentos.

Esta situación ha llevado a un sentimiento de inseguridad muy grande en las ciudades. El miedo se distribuye más igualitariamente que la seguridad real de la población, pues el papel de los medios de información, de la victimización vicaria y del rumor, hace que los sentimientos puedan darse de manera bastante similar entre grupos victimizados y no victimizados. El temor muestra una sensación subjetiva, que tiene consecuencias prácticas porque las personas actúan como si fuese verdad.

Las ciudades ya no son esa fuente de seguridad que se soñó. Y las madres de las decenas de miles de jóvenes anualmente asesinados, los habitantes temerosos de las ciudades, se preguntan lo mismo: ¿por qué se incrementó tanto la violencia en los últimos años?

### **Un modelo sociológico de explicación de la violencia**

Para poder comprender la violencia presentaremos un conjunto de conjeturas sobre las distintas dimensiones del fenómeno. Este modelo no pretende ser exhaustivo, sino colocar las condiciones sociales y psicosociales que consideramos relevantes para la sociología comprensiva.

Esta propuesta no es un modelo para explicaciones universales, pues nos parece que es imposible interpretar de igual modo la violencia de la antigua Grecia, la expresada en la Segunda Guerra Mundial, la del crimen de un amante engañado o la de unos asesinatos en serie.

El modelo sociológico procura trabajar con dos instancias de la vida social: *la situacional*, que se refiere tanto a condiciones generales de la sociedad como a circunstancias específicas –físicas del medio o sociales de los otros actores– que se le imponen al individuo como referencias obligantes al momento de tomar sus decisiones. Y *la cultural*, que se encuentra fuera de la situación, le antecede en el tiempo y se le impone a los individuos en el aprendizaje social y le marcan la manera cómo va a interpretar las señales que le envía la situación (el medio o los otros actores) y cómo podrán decidir el curso de su acción (Briceño-León, 1997).

### **El nivel macro-social: los factores que originan la violencia**

Al nivel macro-social postulamos cinco tipos de factores: dos de tipo situacional: el incremento de la desigualdad urbana y el aumento de la educación y el desempleo. Dos de tipo bisagra como son el incremento de las aspiraciones y la imposibilidad de satisfacerlas y los cambios en la familia. Y uno de tipo cultural como es la pérdida de vigor como controlador social de la religión católica.

#### ***En la ciudad hay más riqueza y más pobreza***

En América Latina la distancia entre los pobres y los ricos es la más grande del mundo. En otros continentes, como África, hay más pobreza, pero no hay tanta riqueza. En Europa, por el contrario, hay mucha más riqueza, pero no hay tanta pobreza. Lo singular de América Latina es la presencia de ambos componentes: hay más pobreza y más riqueza. Y por lo tanto hay más desigualdad que si todos fueran ricos o pobres.

Cuando se revisan con atención los datos sobre distribución de la riqueza entre el grupo más pobre y el grupo más rico en los países desarrollados y en América Latina, se puede notar que la parte que reciben los pobres es muy similar mientras que la porción que toma el 10% más rico en América Latina es muy superior a la que recibe el mismo grupo en los países desarrollados. La desigualdad está

pautada por lo que recibe el grupo más rico, no el grupo más pobre. Y esto es así en todos los países de América Latina. Por supuesto que hay diferencias entre los países: en Brasil el 10% más rico recibe el 45% de la riqueza, en Uruguay es el 27,3%; pero aunque menor el porcentaje es todavía muy alto en este último país. Por otra parte, en todos los países, el 10% más pobre recibe menos del 2% de la riqueza (BID, 2004). Esta situación se ha modificado en el tiempo y, lamentablemente no para bien.

Buena parte de los cambios con la violencia puede vincularse con las transformaciones de América Latina, pues durante la década de los ochenta no sólo hubo estagnación, sino además un incremento de la desigualdad que se reflejó en el nivel de vida de las personas, pero fundamentalmente en un aumento de la pobreza en las zonas urbanas. Si bien en las zonas rurales hay un porcentaje mayor de pobreza moderada y extrema que en las ciudades (38% frente a 62% y 13.5 frente a 38%), esto no ha representado grandes cambios pues en las últimas décadas los porcentajes no subieron de manera tan grande en el campo como en las ciudades, ni ha representado un incremento en el número absoluto de personas tan importante como en las zonas urbanas, pues la población rural se ha mantenido relativamente estable durante este período.

El punto a destacar en relación a la violencia nos parece entonces que es la pobreza e indigencia urbana, por las magnitudes que están implicadas y porque la desocupación es una asunto propiamente urbano. El desempleo es muy bajo en las zonas rurales ya que las personas siempre pueden dedicarse a las actividades agrícolas. Por eso, hay una diferencia importante entre tres grupos de países de la región que muestran condiciones distintas en pobreza y nivel de urbanización y magnitud de la violencia.

En el primer grupo sostenemos que hay poca violencia porque en esas naciones hay bajo nivel de pobreza y alta urbanización. La excepción a esta afirmación es Costa Rica, pues no tiene un alto porcentaje de población urbana pero es un país muy singular en Centro América, ya que ha tenido unos mecanismos de control social muy singulares y es el único país en América Latina que desde hace varias décadas eliminó el ejército.

En el tercer grupo, los niveles de pobreza son los más altos de la región, pero es una pobreza rural pues son países de baja urbanización. Honduras es el país de mayor pobreza, de los considerados en este análisis, ya que tiene menos de la mitad de su población viviendo en ciudades.

Entonces la tesis que postulamos es que violencia se concentra en los países donde hay alta pobreza y alta urbanización, es decir donde hay pobreza urbana. Una excepción en ese grupo es Argentina, pues es un país con baja tasa de homicidios. La explicación creemos que se encuentra en que ha sido históricamente un país con baja pobreza y con una amplia clase media, pero los datos que se muestran en el cuadro son el producto de la crisis del país que, con una deuda externa importante, entró en recesión desde 1998 y llegó a su punto más álgido de la crisis con el control de los depósitos bancarios de los ahorristas, las protestas de la clase media del 20 de diciembre del 2001 y la declaración de las suspensión de pagos de fin de ese año. Pareciera que el comportamiento de la violencia en Argentina tenderá a parecerse cada vez más a lo que sucede en Brasil o México, que a lo que acontece en Chile, y por lo tanto nos parece que sí debe permanecer en el grupo central de esta clasificación. De la situación real de los homicidios en Guatemala y Bolivia no existe información confiable.

### *Más educación, pero menos empleo*

Las ciudades han ofrecido un mayor acceso a la educación a grandes capas de la población de América Latina. La educación en las zonas rurales siempre ha sido más dificultosa, tanto por la utilización de la mano de obra infantil y juvenil en las tareas agrícolas de la familia, como por la escasez o distancia de las escuelas. En las zonas urbanas la educación ha sido diferente y a pesar de las múltiples limitaciones, para fines del Siglo XX, un 86% de los jóvenes entre 15 y 29 años había logrado concluir estudios de primaria y un 26% entre los 20 y 24 años había completado secundaria.

Pero esta mejoría educativa no le ha representado a los jóvenes unas mejores oportunidades para conseguir empleo ni ascender socialmente. Según la ILO, la tasa de desempleo juvenil a nivel mundial es entre dos y tres veces superior a la de los adultos. En América Latina, la situación en los jóvenes es muy grave pues ha aumentado en forma notable.

Pero este desempleo juvenil tiene algunas singularidades, pues se comporta como una curva estadística normal, pero invertida, es decir, hay mayores posibilidades de tener empleo en los grupos que tienen muy poca o bastante educación. Los de mayor educación, porque están más capacitados y llegaron a la universidad; los de menor educación, porque habitan en el campo donde hay menos desempleo como categoría social, o se emplean en faenas pesadas de trabajo y con sueldos muy bajos, que rechazan los que tienen algo de educación. Pero es ese grupo, que tiene entre 15 y 24 años y ha estudiado entre siete y doce años, el que sufre de mayor desempleo en la región. Y es también el grupo que padece y actúa con más violencia.

La violencia es un asunto de jóvenes. Se estima que el 30% de todos los homicidios que ocurren en América Latina tienen como víctimas a jóvenes de entre 10 a 19 años de edad. Pero, ¿por qué afecta de manera especial a este grupo etéreo? Hay varias razones, pero por ahora quisiéramos destacar una que se corresponde con esa edad difícil de la adolescencia y se complica con las condiciones sociales de la región. En la antigüedad se definían como tres las edades de las personas: niñez, adultez y vejez. La adolescencia no existía. Fue hasta tiempos muy cercanos que apareció esta categoría para designar un momento de cambios en la biología del individuo, pero también para representar los cambios de rol que le estaba asignando la sociedad. Un adolescente no es un niño, pero tampoco un adulto. Tiene condiciones físicas para trabajar, pero las leyes se lo prohíben hasta cumplir la mayoría de edad legal del país; tiene condiciones físicas para la reproducción, pero tienen prohibida la sexualidad. Se presume que deben estudiar hasta llegar a la edad de trabajar, pero no tienen las escuelas o son expulsados del sistema educativo. Esa imprecisa e inadecuada inserción social de los adolescentes es una de las fuentes importantes de violencia, esa incapacidad de hacer coincidir los roles prescritos y proscritos para ese grupo de edad.

La violencia juvenil ocurre de una manera muy especial al iniciarse la adolescencia alrededor de los 13 años edad. Es el momento en el cual el joven comienza a tener pretensiones de adulto pero muy pocas capacidades sociales de comportarse como tal. En esa edad comienzan a interesarse por las mujeres, pero las jóvenes de su misma edad buscan a los hombres adultos y las menores son unas niñas. Es una edad cuando comienzan las dificultades de los estudios, en el 7° u 8° año de educación, y muchos abandonan la escuela, pero no tienen edad legal ni preparación técnica para trabajar. Ese es un grupo de jóvenes que ni estudia ni trabaja y que está en gran riesgo de caer en la violencia.

#### *Más aspiraciones, pero menos capacidad de satisfacerlas*

Pero estos jóvenes que se encuentran fuera del mercado de trabajo y del sistema escolar no tienen menos expectativas ni sueños que los demás. Sus aspiraciones son las mismas que las que muestran los demás jóvenes con estudios y buenos ingresos, pues la cultura de masas logró hacerles llegar las mismas ambiciones que a todos los demás.

Durante los años cuarenta del siglo pasado, la sociología de la modernización resaltaba con gran énfasis la importancia de la “revolución de las expectativas”, se decía que cuando las personas de América Latina y del medio rural, que vivían en una sociedad tradicional, pudieran entrar en contacto con la ciudad y la modernidad, iban a cambiar sus expectativas y al soñar con una vida mejor, representada por un mayor y mejor consumo, se romperían las ataduras del conformismo que inmovilizaban a la sociedad y se despertarían las fuerzas sociales que empujarían el “take-off” del desarrollo (Germani, 1961).

El proceso efectivamente ocurrió en América Latina. La migración rural-urbana, que condujo a la ciudad a millones de inmigrantes, cambió sus expectativas, las agigantó e igualó a las del resto de la sociedad. Pero, paradójicamente, la misma sociedad les cerró los caminos para poder satisfacerlas. En América Latina nos encontramos con una asimetría entre la homogeneidad en las aspiraciones y la heterogeneidad en la capacidad de colmarlas. Somos terriblemente iguales en lo que deseamos y espantosamente desiguales en nuestras posibilidades reales de lograrlo.

La primera generación que llegó a las ciudades pudo vivir gran parte de los sueños que traían: un hospital accesible, una escuela cercana para los niños, luz eléctrica, un refrigerador y una televisión en la casa...; nada de eso tenían en su lugar de origen y obtenerlo significó para ellos un cambio importante en sus vidas. Pero sus hijos nacieron en un mundo con hospitales, escuelas, refrigeradores y televisores.



Para los jóvenes esos logros no significan nada. Sus hijos nacieron en un mundo donde la cultura de masas les impuso nuevas, y quizá más superficiales, metas de consumo. Un joven de familia clase media, que se prepara para ingresar a la universidad, y uno de familia pobre y desempleado, tienen los mismos gustos y los mismos antojos. La urbanización y la televisión democratizaron las expectativas.

Los jóvenes no sólo tienen dificultades para encontrar un empleo, sino que cuando lo obtienen ganan un salario menor que los adultos. Esta asimetría entre expectativas y logros plantea un drama clásico de la sociología (Merton, 1975), pues como los caminos prescritos por la sociedad: empleo, esfuerzo y ahorro, no permiten alcanzar los fines, muchos jóvenes asumen los caminos proscritos de la violencia como un medio para arrebatar lo que no se puede formalmente alcanzar. Un joven, vendedor de drogas en Caracas, decía orgulloso durante una entrevista en la prisión de menores de edad, que él ganaba en un viernes por la noche más que sus vecinos cargando bultos durante un mes. Y añadía, con petulancia, que él no había nacido para pobre, pues –como decía la canción mexicana– le gustaba todo lo bueno.

#### *Menor control social por la familia*

Una de las mayores fuerzas de contención de la violencia es la familia, pues incorpora a la persona en un mundo regido por normas y con límites. La familia enseña al niño la diferencia entre lo permitido y lo prohibido, lo inicia en los premios y castigos, y lo introduce, a partir de la regla primera de prohibición del incesto, en ese pacto simbólico que es la ley (Levi-Strauss, 1964; Lacan, 1976). La influencia de la familia es tanto originaria y pasada como situacional y presente. Pasada pues es la base de la formación del individuo, y presente pues es el contexto de interacción social cercano que puede regular y modular los comportamientos. Por eso los cambios que han ocurrido en la familia en América Latina tienen un impacto importante en las conductas violentas de los individuos.

La familia ha perdido fuerza en sus dos funciones de control social por las transformaciones que ha venido sufriendo en las últimas décadas. La familia clásica en la que hay un padre que trabaja, una madre que permanece en la casa encargada del hogar y cuidando a los hijos, disminuyó en un 10% en la década final del Siglo XX. El cambio ocurrió por la salida al trabajo de la mujeres que han culminado estudios y desean una carreta laboral que las satisfaga como personas e independencia financiera. Pero también porque la disminución de los ingresos del hombre han obligado a sus parejas a salir a buscar un salario adicional para el hogar. En esas condiciones, la socialización y el control social de los hijos se han visto seriamente comprometida, sobre todo porque la vida urbana ha limitado la presencia de los abuelos en muchas familias y, en consecuencia, los hijos deben permanecer solos durante muchas horas del día.

Adicionalmente, hay un incremento de los hogares monoparentales, lo cual es producto de la ruptura de las relaciones de pareja, sea por el incremento del divorcio en las parejas legalmente constituidas, como ha ocurrido en todos los países de la región, sea por la disolución o no consolidación de las parejas consensuales. Entonces, si en esas familias no hay abuela u otro familiar disponible para ocuparse de los hijos, éstos quedan solos entre la casa y la calle y, en muchos casos, bajo el cuidado de una hermana “mayor” que, como hemos observado múltiples veces, no pasan tampoco de los 10 años de edad y ya tienen la responsabilidad de cocinar y cuidar de sus hermanos menores.

Este precario control social por parte de la familia tiene múltiples consecuencias, pero una de las más inmediatas es colocar a los jóvenes en la calle a disposición de los delincuentes profesionales. Pero las familias tampoco tienen mucho poder para controlar la acción delictiva o violenta de los jóvenes. A un joven de 17 años, que se encontraba preso en Caracas por robos y dos asesinatos, le preguntamos qué decía su mamá cuando dos años antes le había empezado a regalar dinero: “*al comienzo me preguntó de dónde lo había sacado –respondió–, pero luego no decía nada, ¿qué iba a hacer?, necesitaba el dinero; otras veces se ponía a llorar, pero lo recibía*”.

#### *Menos fuerza de la religión*

Las religiones han representado siempre un importante instrumento para regular el comportamiento de los individuos. El quinto mandamiento de la tradición judeocristiana es una prueba irrefutable de ello: *No matarás* es una orden contundente. Cuántas de esas ordenes son obedecidas por las personas, inclusive

por los más religiosos, es un asunto de tiempo y momento, es decir, de la historia en la cual se toman las decisiones y aplican las normas, pues hasta el Vaticano practicó la pena de muerte.

En América Latina, la religión católica ha perdido mucha fuerza en su capacidad de incidir en la vida cotidiana de los individuos. La religión permanece y al menos un 70% de la población sigue siendo católica y cumple con los ritos fundamentales: el bautizo al nacer, el matrimonio religioso y los ritos de la muerte. Pero muy poco puede decirse de su incidencia en el comportamiento cotidiano de las personas más allá de las grandes orientaciones que dirigen la vida. Algo muy distinto ocurre con los protestantes y evangélicos que han tenido un importante crecimiento en toda la región, pues, en su caso, sí hay un control muy grande sobre el comportamiento individual: el consumo de alcohol o tabaco, el uso de expresiones vulgares en el lenguaje, los ritos diarios de culto o lectura, las contribuciones financieras a la iglesia y los comportamientos violentos. Los tipos de control y la rigurosidad en su cumplimiento varían entre un culto y otro y de un país al siguiente, pero en general tienen más fuerza impositiva que los católicos.

Cuando le preguntamos a los jóvenes violentos sobre la religión y si no pensaban que su actuar era “pecado”, respondían con resignación que sí lo era. Pero parece que la moral religiosa y la acción se encuentran en dos registros distintos. Matar a alguien no está bien, pero se hace; y las justificaciones pueden ser muchas y una muy poderosa es la autodefensa y la creencia de que si no matan a otros, ya están muertos ellos mismos. Para muchos individuos, la religión dejó de ser una fuerza inhibidora de la violencia y no fue sustituida por una moral laica que, soportada en la ley civil, pudiera disuadir los comportamientos asesinos.

### **Los factores que fomentan la violencia**

El segundo rango de factores es de tipo mezo-social, se refieren a situaciones específicas que contribuyen al incremento de la violencia por empujar un tipo de comportamiento que la exacerba. En nuestra opinión son tres los importantes: dos de carácter situacional: la segregación urbana que produce ciudades divididas y el mercado local de la droga; y una de tipo cultural: la masculinidad.

#### *La segregación y densidad urbana*

Las ciudades de América Latina tuvieron un muy lento crecimiento hasta bien entrado el siglo XX y su expansión ocurría bajo un patrón que agregaba nuevos territorios en los bordes de la ciudad. En las afueras de la ciudad se ubicaban los terrenos de menor valor y sin servicios, donde construían sus casas los trabajadores urbanos y los pobres recién llegados a la urbe, como eran también las zonas que habitaban las personas menos educadas pasaron a caracterizar un tipo social de comportamiento que, en varios países y en español, se llamo el “*orillero*”, y que era sinónimo de un comportamiento tosco y de poca urbanidad. Pero la migración hacia las ciudades hizo que el crecimiento secundario de las orillas se convirtiera en un factor principal de la vida urbana. Las favelas en Brasil, las comunas en Colombia, los barrios en Venezuela o, los pueblos jóvenes en Perú, pasaron a ser un componente esencial de las ciudades, a veces de mayor tamaño que la ciudad formal, aunque las autoridades urbanas no las quisieran reconocer como tales.

La presencia de estos nuevos grupos sociales ocupando un territorio urbano ha sido interpretada de múltiples maneras, pero todas muestran, con sus marcos teóricos disímiles, la unión y separación entre la ciudad formal y la informal, entre la legal y la ilegal, la planificada y la no planificada. A mediados de los años cincuenta, unos autores -usando la teoría de la modernización- consideraron que estas zonas eran un rezago de la ruralidad y de la tradición que se había instalado en las urbes modernas (Germani, 1961). Otros autores, con las categorías marxistas, estimaron que allí habitaba un “ejército industrial de reserva” o una “superpoblación relativa” (Nun, 1969, Murmis 1969). Para otros, eran dos circuitos urbanos que funcionaban de manera diferente y que en algunos puntos se integraban (Santos, 1973). Pero todos intentaban explicar un fenómeno que aún llama la atención, como lo fue el proceso de urbanización novedoso que, a diferencia de Europa, no estuvo precedido ni tampoco acompañado por la industrialización de la ciudad. Fue urbanización sin industrialización. Esto implicaba que muchos de los nuevos habitantes urbanos tuvieran muchas dificultades para encontrar, tanto un empleo como un lugar

dónde vivir. Y como la sociedad no podía ofrecer una respuesta, ellos mismos la encontraron: buscaron entre los intersticios de la propiedad de la tierra un espacio que hubiese dejado la urbanización formal y allí procedieron a construir su vivienda; y se emplearon a sí mismos en lo que hoy llamamos sector informal.

Durante varias décadas crecieron así las ciudades de América Latina y en esa otra ciudad ha llegado a vivir entre el 30% y el 80% de la población urbana. Los esfuerzos de sus pobladores por hacer su ciudad fue muy grande, como ellos mismos lo cuentan en hermosas historias en todos los países. Hasta los años ochenta, su crecimiento significó siempre una consolidación sistemática de la vivienda y de su entorno físico. Un visitante podía confundirse al encontrar las casas en un estado precario y pleno de necesidades y pensar que estaban deterioradas (como lo pensó alguna sociología de influencia norteamericana), pero no era así, pues cada año eran mejores: se sustituían los materiales frágiles de las paredes y los techos por unos sólidos y duraderos, se obtenían los servicios de agua y luz eléctrica, se construían las calles o escaleras. El tiempo que podía durar esa transformación variaba de un país a otro: en los años sesenta la transformación de una casa podía tomarle cinco años a un habitante de Caracas y diez a otro de Lima. Los ingresos familiares en esas ciudades eran muy distintos, pero, en todos, había una sensación de vivir cada día mejor.

Esa situación cambió. Para comienzos de los años setenta el 36% de la población urbana de América Latina vivía en pobreza, esta cifra aumentó al 60% a comienzos de los años noventa, y eso a pesar que la tasa de urbanización se había desacelerado de manera importante. Este incremento de la pobreza urbana ha tenido tres impactos que quisiera destacar como fomentadores de la violencia. Por un lado, las viviendas que antes estaban en continua mejoría, han comenzado a deteriorarse y la sensación ya dejó de ser la de estar cada vez mejor y fue sustituida por ese amargo sentimiento de estar cada vez peor. Esto se relaciona por un lado con el envejecimiento de la estructura física de las casas, pues, luego de cuarenta o cincuenta años, ameritan un mantenimiento que sus habitantes tienen mucha dificultad de llevar a cabo por la disminución de sus ingresos. En segundo lugar, se ha dado un incremento en la densidad poblacional de las zonas de bajos ingresos, esto se debe al crecimiento demográfico natural, pues en esos mismos lotes de terreno viven los hijos y los nietos de los primeros ocupantes y, para poder ofrecerles un lugar donde vivir, se ocupan los espacios que quedaban vacíos: el patio, los retiros de la casa vecina; y cuando ya no se puede más, se construye un segundo y hasta séptimo piso en el terreno donde antes hubo una precaria y modesta vivienda.

En Caracas hemos calculado que en algunos barrios de bajos ingresos (Los Erasos) hay una densidad mayor que en la zona con los edificios residenciales más altos de la ciudad (Parque Central). En una perspectiva ecológica, podemos decir que esa alta densidad es motivo de conflictos permanentes entre las personas, tanto por las agresiones que aparecen cuando hay mucha gente y pocas normas de convivencia efectivas, pero también, y este sería el tercer factor, por el hecho que ese urbanismo no planificado y su posterior densificación produce territorios tortuosos que son de fácil control de las bandas criminales y muy difíciles para la eficaz y segura actuación de la policía. Algo similar ocurría en las ciudades medievales, y por eso las grandes avenidas y las diagonales de París fueron construidas por el barón Haussman después de la revuelta de la comuna para que el ejército prusiano pudiera desplazarse y tomar control de las distintas zonas, evitando las callejuelas irregulares del urbanismo espontáneo.

### *La cultura de la masculinidad*

La violencia es un asunto de hombres. Los hombres la ejercen y los hombres la sufren. En el mundo, la tasa de homicidios de los hombres es entre tres y cinco veces más que las mujeres. Hasta los 14 años no hay diferencias entre los sexos, pero a partir de los 15 años, cuando se definen más las conductas de género, y hasta los 44 años, la diferencia se hace abismal, pues los hombres tienen una tasa cinco veces superior (Datos de WHO).

La cultura de la masculinidad adquiere unas dimensiones especiales durante la adolescencia, pues en esta etapa se está en procura de la construcción de la propia identidad. Ese es un momento difícil para los hombres y las mujeres ante cualquier circunstancia, pero, en relación a la violencia, lo es mucho más para los hombres, pues están obligados a reafirmarse en la cultura de la masculinidad que los expone al



riesgo (Zubillaga y Briceño-León, 2001). En ese momento de la vida, la cultura del “respeto” como un reconocimiento de su identidad y virilidad por parte de sus pares, adquiere mucha más fuerza. El respeto es un componente importante de la masculinidad en distintas sociedades y edades, pero entre los jóvenes tiene mucha más relevancia por sus propias carencias de identidad, hacerse hombre en un sector de bajos ingresos es muy duro para los jóvenes y la violencia es un modo de crecer. Por eso, en las investigaciones se ha podido encontrar que el ejercicio ostentoso de la violencia se da fundamentalmente entre los jóvenes de menor edad y antes que se consoliden como malandros de respeto en su zona, pues, una vez que son reconocidos como tales y empiezan a tener una vida sexual estable con su pareja, disminuyen el exceso de violencia y comienzan a administrarla con un racionalidad adecuada a los fines que persiguen.

### *El mercado local de la droga y la impunidad*

El consumo de droga no pareciera ser un gran impulsor de la violencia, el mercado de la droga sí lo es. Los consumidores pueden tener un comportamiento violento mientras están bajo los efectos de algún estupefaciente, pero esto no es lo más común, sucede más en los momentos de abstinencia prolongada en los adictos o cuando delinquen para poder comprar la droga, pero no están bajo los efectos de la droga en esos momentos.

El problema importante se presenta con el mercado de la droga y con las transformaciones que ese mercado sufrió a lo largo de los años. Por un tiempo, el arreglo comercial que se hacía entre los mayoristas y los minoristas era el pago en dinero de una comisión por la venta de una determinada cantidad de droga: vendía un kilo y le pagaban mil dólares, por ejemplo. Esa situación cambió en muchos lugares cuando el negocio se planteó de una manera distinta y, en lugar de un pago en dinero, se comenzó a proponer un pago en especies, es decir, con más droga. Este acuerdo le permitía al minorista ganar más dinero, pues la cantidad de droga dada en pago tenía un equivalente en dinero muy superior a lo que antes recibía en efectivo, y al mayorista quitarse los problemas del pago al empleado pues lo convertía en empresario con una suerte de *outsourcing* del negocio.

El problema se trasladaba al minorista, pues para poder efectivizar su ganancia debía vender más droga que antes y para lograrlo tenía dos posibilidades, o sus consumidores habituales le compraban más o ampliaba su mercado y conseguía nuevos compradores, lo que no resultaba tan fácil, de tal modo que la manera más sencilla de expandir su mercado era quitárselo a otro vendedor. Y esta es la historia de la guerra de las pandillas por el control territorial de mercados locales de la droga.

Esta violencia ligada a la droga tiene además unos altos niveles de impunidad. El castigo de los homicidios es muy bajo en América Latina, pero su vinculación con la droga ha acrecentado esta realidad e impulsado la percepción de que el delito de la droga no se paga. Las ganancias de la droga son tan altas que les ha permitido corromper las policías de los distintos países. Pero cuando algo falla, han podido también controlar con ofertas de dinero o amenazas de muerte a los funcionarios del poder judicial: jueces y fiscales son víctimas de la violencia. Y si todavía algo sale mal y los traficantes van a la cárcel, los jefes del negocio de la droga se encargarán de brindarles protección y bienestar en las prisiones. En las cárceles de América Latina, donde todo se paga, los presos por droga tienen secciones aparte o cuartos especiales, electrodomésticos, teléfonos celulares y hasta guardaespaldas contratados dentro de la propia institución penitenciaria, porque pueden pagarlos con el dinero que la organización les facilita.

Con perspectivas de ganancias tan altas como las que ofrece el comercio de la droga y posibilidades tan bajas de ser apresados y castigados, la droga se convierte en una alternativa de vida para muchas personas y un fomentador importante de la violencia en América Latina.

Pero hay un efecto mucho mayor y es el tremendo daño que el negocio de la droga ha causado a las instituciones de justicia penal en los países, pues ese daño no se restringe a la impunidad que puede vivir un determinado traficante, sino el deterioro que ha producido en su funcionamiento general. El sistema penal requiere de instituciones y de una ideología que la sostenga y le dé legitimidad al derecho a castigar; cuando el miedo y el dinero se apoderan de los funcionarios, quien hace crisis no es tal o cual juez, es la institución en su conjunto. Un juez colombiano, encargado de un caso de droga, contaba que había recibido millonarias ofertas para absolver a un traficante imputado de varios delitos,

sistemáticamente las había rechazado, pero un día le llegó un regalo a su oficina. Temerosos de que fuese una bomba, los guardias de seguridad revisaron el paquete minuciosamente y no encontraron ningún peligro evidente, entregándoselo al magistrado. Al revisarlo, el juez se encontró con un candoroso álbum de fotos familiares: su hija jugando en el patio del colegio, su hijo entrando al cine con unos amigos, su esposa de compras en el mercado... el mensaje era claro y él lo entendió. Y con mucho pesar y vergüenza, abandonó el caso.

### **Factores que facilitan la violencia**

Pero hay un tercer tipo de factores que no son origen de la violencia y por lo tanto no es posible atribuirles causalidad, pero que facilitan los comportamientos violentos o los hacen más dañinos, más letales, pues los posibilitan y los potencian. Estos factores no se encuentran al nivel de la estructura social, sino del individuo.

#### *El incremento de armas de fuego entre la población*

En el mundo hay un aumento notable en la posesión de armas ligeras de fuego: revólveres, pistolas, mini-ametralladoras. Las armas de fuego tienen una particularidad y es que no se consumen con su uso, como muchos otros productos industriales o bélicos. Las armas permanecen y son reutilizadas y vendidas otra vez en mercados secundarios o terciarios. Y estas armas producen anualmente más de 200 mil muertes cada año en eventos no bélicos.

Las armas de fuego son producidas por más de mil empresas en 98 países del mundo, pero el 70% del mercado mundial es cubierto por las empresas de USA y de la Federación Rusa. Las normas sobre las armas de fuego varían mucho de un país a otro, desde la prohibición más estricta en el Reino Unido, hasta la más abierta como la que existe en USA, donde portar armas es un derecho constitucional. A pesar de que la existencia de armas de fuego en una sociedad no tiene por qué ser un indicador eficiente de la violencia en esa sociedad, es cierto también que la existencia de armas de fuego entre la población facilita la letalidad de la violencia, pues un conflicto interpersonal, una pelea callejera o un drama pasional, pueden terminar en unos cuantos golpes o en algún muerto y la diferencia sustantiva en el resultado la puede dar la presencia de armas de fuego y no la rabia, el odio o el dolor involucrados. El mismo odio puede producir un rostro amoratado o una víctima mortal. Un estudio en 25 países de altos ingresos mostró que los homicidios sufridos por mujeres estaba significativamente asociado con las disponibilidad de armas de fuego.

Pero la disponibilidad de armas entre los ciudadanos hace que el crimen se torne más violento, pues el delincuente sabe que puede encontrar resistencia armada y en consecuencia se prepara y actúa con una violencia superior a la que presume pueda encontrar en su víctima. En sociedades sin armas de fuego, los delincuentes pueden dominar a la víctima con un cuchillo o simplemente su fuerza física, pues saben que el otro no tendrá un arma para defenderse. América Latina es la región que tiene más homicidios causados por armas de fuego. Las armas de fuego no son responsables de la violencia, pero en condiciones de conflictividad social e individual, facilitan las agresiones graves o mortales entre las personas.

#### *El consumo de alcohol*

El consumo excesivo de alcohol es un factor asociado con los comportamientos violentos y con la victimización. En el estudio ACTIVA realizado en 7 ciudades con apoyo de la OPS se encontró una asociación entre la victimización y el haber consumido varias veces a la semana más de 5 tragos de alcohol en cada oportunidad, y esto tuvo asociación en Río de Janeiro, en Caracas, en San José de Costa y también en Madrid. Pero el alcohol en sí mismo no tiene por qué ser causa de la violencia, ya que al igual que la droga puede producir un efecto adormecedor y tranquilizante en algunas personas. Pero el consumo de alcohol actúa también como un desinhibidor, el alcohol reduce las barreras, las represiones que la cultura ha sembrado en el individuo. Las normas internalizadas, el superyo en el

sentido freudiano, son fragilizados por el efecto de la bebida y las personas se vuelven más expresivas, más sinceras o más agresivas.

Muchas de las riñas y de los homicidios son el resultado de una combinación banal, pero asesina, entre embriaguez y porte de armas. Y es banal porque muchas de las personas, hombres y mujeres que hemos entrevistado en cárceles, relatan los sucesos como una circunstancia que si hubieran tenido la oportunidad de pensar un poco su actuación, no lo hubieran hecho. Por eso una de las políticas exitosas que se han adoptado en ciudades de alta violencia ha sido la de decretar Ley Seca durante algunos momentos considerados críticos. En Cali, Colombia, se ensayo esta prohibición los días que se celebraban partidos de fútbol importantes y se encontró que disminuían los homicidios que podían ocurrir entre los alegres o entristecidos fanáticos de los equipos deportivos y así pudieron bajar la tasa de homicidios.

### *La incapacidad de expresar verbalmente los sentimientos*

Finalmente, nos parece que una circunstancia individual que facilita el pasaje al acto violento es la extrema dificultad que tienen algunas personas para expresar con palabras los sentimientos de rabia o disgusto que llevan por dentro. La tesis que sostenemos es que aquellos que no pueden comunicar su molestia con palabras, la expresan con actos: con bofetadas, patadas, puños o armas. La palabra es entonces un sustituto del acto violento y por lo tanto es violencia también, pero con muchas menos consecuencias y daños físicos sobre el otro. La violencia es siempre un acto de comunicación, es un lenguaje pervertido por el sentimiento o perfeccionado por la razón funcional. La palabra puede exorcizar la ira que se siente y hacer que el otro reciba la agresión, sin herirlo físicamente.

Algunos colegas, sobre todo estudiosos de la violencia de género, consideran que debe por igual censurarse la violencia verbal y la violencia física. Desde un punto de vista moral, uno puede concordar y considerar que ambas son incorrectas, e incluso, que algunas veces una palabra puede hacer más daño que una bofetada. También el silencio y el olvido pueden herir más que un golpe. Pero, en términos de la violencia que lesiona el cuerpo o asesina, nos parece que la palabra es una gran ayuda para resolver los conflictos en el campo de lo simbólico.

El asunto es por qué unas personas transforman sus impulsos en actos y otras no. Por qué unas personas dicen: tengo unas ganas inmensas de darle un puñetazo y otras, simplemente lo hacen. Hay dos factores que podemos apuntar, uno son los controles morales que frenan el pasaje al acto, el otro es la realización sustitutiva del deseo. Lo que hemos podido observar es que aquellas personas que no logran construir la sustitución verbal, encuentran en el pasaje al acto su forma de expresar el sentimiento y el deseo. El psicoanálisis ha trabajado estos mecanismos substitutivos, el sueño, por ejemplo, es uno de ellos, y por eso Freud (1973) escribió en una oportunidad que los hombres sanos sueñan lo que los perversos hacen. Uno pudiera parafrasearlo y afirmar que los hombres pacíficos hablan lo que los violentos hacen.

La asociación invertida que diversas investigaciones han encontrado entre el incremento en años de educación y la disminución de los comportamientos violentos o la victimización grave, da lugar a varias explicaciones: por un lado, la educación ofrece más oportunidades de empleo e incorpora más la normativa social en el individuo, pero por otro, nos parece también que los años de estudio proporcionan más habilidades verbales a las personas y eso les permite expresar sentimientos y manejar conflictos a través de la negociación y el acuerdo, es decir, con palabras y sin violencia.

### **Ciudad, Ciudadanía y Violencia**

Estos tres niveles de factores nos permiten un abordaje multifactorial de la violencia urbana de América Latina con el cual podemos comprender tanto los aspectos propios de la estructura social de América Latina y sus ciudades, como de la dinámica del comportamiento de las personas que, al final, siempre sintetiza los determinantes sociales y las singularidades que permite la libertad individual y que permite la diferencia y por lo tanto hace únicos e irrepetibles a cada uno de los eventos de violencia cotidiana.

Cada uno de esos niveles recubre el siguiente, lo engloba y contribuye a su comprensión. No podemos contentarnos con las grandes explicaciones como pretender resolver el problema atribuyendo la violencia al neoliberalismo. El proceso social que conduce a la violencia en América Latina es de una gran complejidad y debemos evitar las simplificaciones, pues el propósito no es quitarle riqueza al fenómeno sino hacer conjeturas científicas que permitan transformar un fenómeno complejo e incomprensible, en otro igualmente complejo, pero algo más comprensible.

De este modo podremos comprender mejor las transformaciones sociales que han ocurrido en la violencia de América Latina y sus consecuencias para la salud pública. El impacto en la salud de la población no está solo en las alarmantes cifras de mortalidad que hemos presentado y en las poco confiables estadísticas de morbilidad, con sus miles de heridos, lisiados e inválidos, que no hemos argumentado. Se trata también de los millones de víctimas indirectas que, de manera vicaria, han vivido el dolor de sus familiares, vecinos y amigos y en la población en general que vive atemorizada, pierde la ciudad y sus derechos de ciudadanos.

El miedo a ser víctima de la violencia produce diversos tipos de respuestas en la sociedad, por una parte hay un incremento de la defensa privada y por el otro una exigencia demanda de mayor ofensiva pública hacia el delito. El incremento de la defensa procura disminuir la exposición al riesgo de los individuos, es decir del crear condiciones para no ser víctima, y esto se logra inhibiendo las salidas o restringiendo los movimientos en ciertas partes de la ciudad o a ciertas horas, incrementando la seguridad en el hogar, construyendo espacios públicos privatizados, incrementando la protección privada. La demanda de mayor ofensiva hacia los actores violentos (“guerra al crimen” se ha llamado en muchos lugares) pide mayor presencia policial en las calles y espacios públicos, mayor agresión por parte de la policía hacia los delincuentes, inclusive le brinda apoyo a las acciones extrajudiciales de las policías (detener sin orden judicial, torturas o ajusticiamientos) y un incremento en la severidad de las penas.

La ciudad se va transformando para adaptarse reactivamente a las condiciones de inseguridad. La ciudad dividida tiende a reforzar -con intención o sin ella- los mecanismos de separación y segregación entre los territorios ocupados por los distintos sectores sociales. En un primer momento la clase media comenzó a cerrar las calles de su vecindarios, a colocar vigilancia privada, pero luego los sectores pobres hicieron lo mismo con las veredas peatonales y, como no tenían recursos para pagar policías privados, comenzaron a asumir ellos mismos esos roles de vigilancia (Romero Salazar y Rujano 2002). La calle como mercado abierto es cada vez más sustituido por los centros comerciales, los cuales recrean las avenidas en un ambiente privado y ofrecen seguridad, pues tienen pocas puertas y sistemas de seguridad privados. Los centros comerciales, que en un primer momento fueron una iniciativa de lujo dedicada a la clase media, han sido poco a poco convertidos en el lugar favorito de todos los sectores sociales y no sólo se han creado “malls” para los sectores de bajos ingresos, sino que todos han pasado a ser el lugar predilecto de paseo de los pobres y una de las razones esgrimidas por los visitantes ha sido la seguridad.

Pero con la violencia no sólo se pierde la ciudad, sino la ciudadanía, es decir los derechos sociales que como ilusión y realidad han representado la ciudad moderna. La violencia es una amenaza permanente al derecho fundamental, como es el derecho a la vida. La ciudad era el lugar donde podía protegerse más la vida y su entorno se ha convertido en una amenaza. El derecho al libre tránsito se ve restringido por los cerramientos de las calles y el voluntario abandono que las personas hacen de muchas zonas por temor a ser víctimas. En relación al derecho a una vivienda segura, la familias de todos los sectores sociales se sienten inseguras hasta en sus casas y la clase media coloca cercas, alambrado eléctrico y alarmas mientras que los pobres hacen sus casas sin ventanas para poder protegerse. La casa termina siendo un refugio donde las personas se aíslan y autoencarcelan para poder defenderse. Pero la ciudad es también el derecho al trabajo y a la recreación y los trabajadores no aceptan trabajar horas extras en las noches, lo que pudiera representarles un ingreso adicional, o dejan de ir a fiestas por temor a regresar tarde en la noche a sus casas. Pero la violencia representa también una amenaza a los mismos derechos, pues el miedo y el dolor empujan a muchos ciudadanos al apoyo de las acciones extrajudiciales y violatorias de los derechos humanos de los individuos y de los propios delincuentes. El ciudadano se pregunta por qué se defienden los derechos humanos de los bandidos, ¿y qué pasa con los derechos humanos de nosotros los ciudadanos honestos? Todo ello representa una pérdida notable de la ciudadanía.

La conquista de la paz, la superación de la violencia, significa hacer de las ciudades el espacio de la libertad y de la ciudadanía. La ciudad es el lugar de la inclusión, porque es el espacio del encuentro entre distintos y desiguales.

La ciudad es el espacio de la negociación entre los diferentes, una ciudad homogénea es una ciudad insípida y aburrida, las grandes ciudades de la historia siempre fueron un lugar de encuentro de grupos sociales, ideologías y religiones diferentes: Roma, Estambul, París, Nueva York. Y en escalas más modestas, las ciudades del mundo tienden a repetir ese patrón que se acrecienta en los tiempos de la globalización. La ciudad es también el lugar de acuerdo y convivencia entre desiguales, no tenemos por qué aspirar a igualdad, pero tampoco tiene por qué existir la exclusión. La ciudad es el lugar para incluir a todos en la igualdad de los derechos ciudadanos, en la posibilidad de lograr una vida urbana digna y saludable, no necesita de riquezas pero tampoco de penurias. La ciudad es el lugar donde es posible generar los acuerdos que requiere el avance de la vida social y de los derechos sociales, es el lugar donde los desiguales pueden encontrarse –amistosa o conflictivamente– y mutuamente avanzar en la construcción de un espacio urbano, pues la ciudad es el lugar privilegiado de los derechos de los individuos y de la convivencia colectiva.

Hay un viejo adagio alemán que dice “Stad Luft mach frei”: el aire de la ciudad os hace libres. La expresión tiene su origen en los tiempos medievales cuando un siervo de la gleba que podía demostrar que había logrado vivir durante un año y un día en la ciudad, adquiría su libertad y su derecho a permanecer con derechos en la urbe. La ciudad de Latinoamérica sólo podrá volver a ser ese sueño de libertad que representó para muchos en el siglo XIX, si logra superar la epidemia de violencia. Y para eso se requieren transformaciones sociales que otorguen más libertad, no que la restrinjan. La ciudad sana que puede aspirar la salud pública, tiene que ser también una ciudad segura.